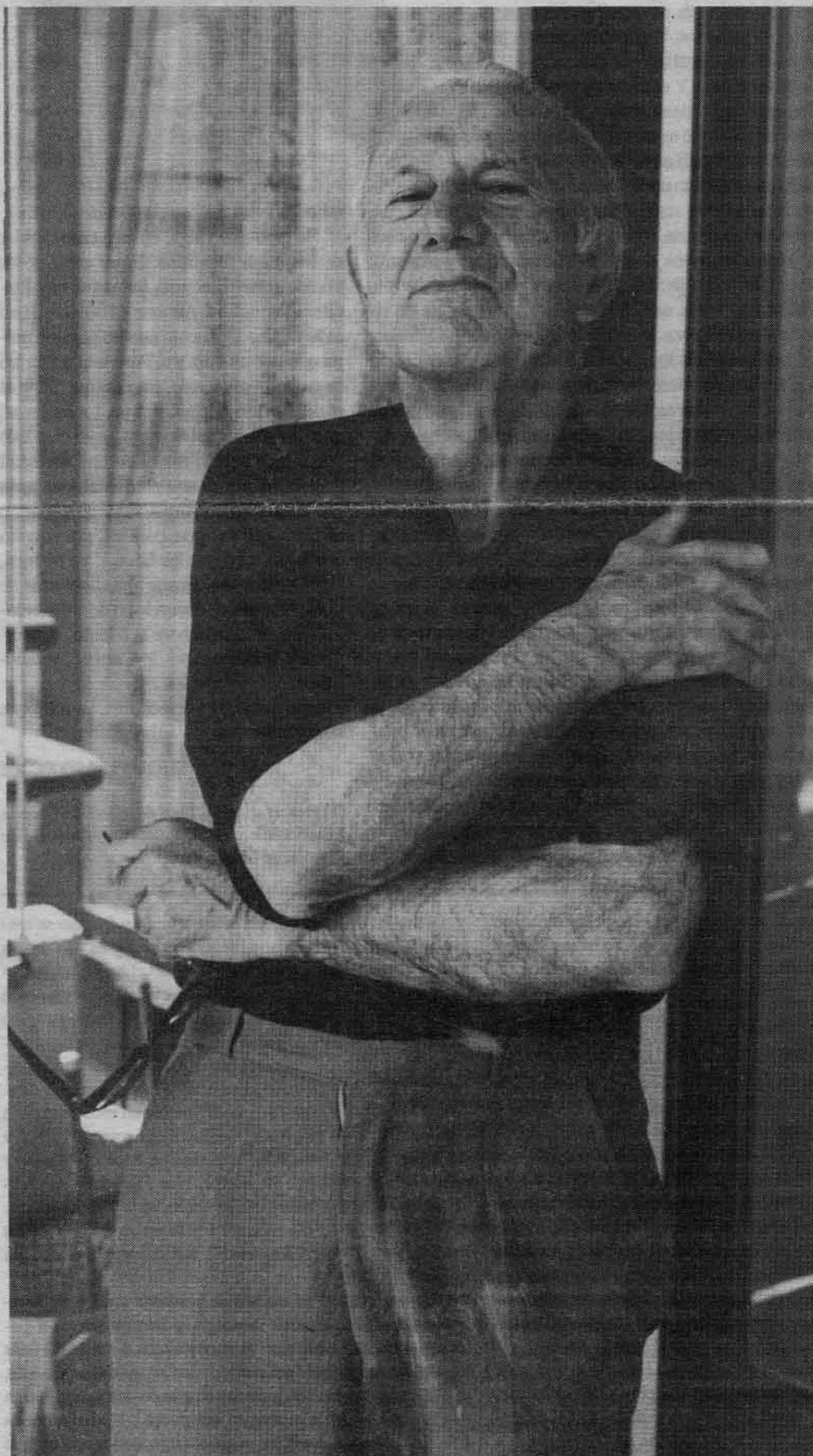


CARLOS DROGUETT

12

Una conciencia implacable



DROGUETT en el balcón de su departamento, década del 80. La foto fue tomada por su traductora al holandés, Giny Klatser Oedeker.

El 15 de julio pasado Carlos Droguett Alfaro salió de su departamento en Wabern, pequeña localidad próxima a Berna (Suiza), para ver una exposición de arte moderno. Subió las escaleras del Museo de Berna y cuando se disponía a retirarse tropezó y se golpeó la cabeza en uno de los escalones de mármol. Sufrió una conmoción cerebral de la que no se recuperó. Murió el 30 de julio.

Estuvieron cerca de él sus dos hijos: Marcelo, médico cirujano y Carlos, un ex seminarista, doctor en literatura. Acudieron a sus funerales unos pocos amigos, algunos vecinos y autoridades suizas. Droguett dispuso que sus cenizas fueran esparcidas en un río. Se lo había prometido a su mujer, Isabel Lazo Acevedo ("casi la única mujer de mi vida"), que murió en 1989 y cuyo recuerdo fue una obsesión de sus últimos años.

Vivía en Suiza desde 1975 en un exilio voluntario. No quería regresar ni concederle entrevistas a periodistas chilenos. "El país actual -decía- me da vergüenza. Cuando me acuerdo de Chile me muero ¡capaz me suicide!". No obstante le hubiese gustado venir por algunos días. Esperaba alguna invitación "con buenos motivos". No llegó.

Lo cierto es que Droguett era en Chile un escritor olvidado, con mayor presencia en el resto de América y en Europa. Cuando en 1994 la Editorial Universitaria publicó la edición definitiva de "Eloy", su obra maestra, mucha gente creía que había muerto, otros le suponían viviendo en un pequeño pueblo de España.

Tenía fama de maldito, deslenguado e iracundo. Uno de sus amigos chilenos, Luis Iñigo Madrigal, profesor de literatura de la Universidad de Ginebra, lo describe como "demasiado mordaz, demasiado punzante, demasiado intolerante. No hizo nunca nada por alcanzar favores, honores, distinciones, y es el autor de las obras más importantes de la literatura chilena de todos los tiempos".

EN EL COLEGIO DE SAN AGUSTIN

Nació en Santiago el 15 de octubre de 1912, hijo de un funcionario de Correos y Telégrafos que emigró cuando Droguett tenía seis años. La familia la integraban otros dos hermanos que vivieron sus días infantiles en La Serena al cuidado de la tía Concepción, el ángel tutelar del hogar.

Cuando el padre fue trasladado a Santiago, Carlos fue matriculado en el Colegio de San Agustín donde hizo toda su educación secundaria. Nunca se sintió mal allí y él mismo escribió después: "Mis años como alumno del Colegio de San Agustín fueron inolvidables para mí y los miro como si fuera ayer no más, como si el jueves o el sábado hubiese abandonado las aulas". Desde entonces ya se evidenciaban algunos rasgos de su fuerte y decidida personalidad. Uno de sus compañeros de entonces, Manuel Salvat, recuerda que Droguett "no era en el colegio ni genuflexo ni pusilánime: era más bien arisco, áspero, sobre todo con los profesores".

El padre Alfonso Escudero fue uno de sus maestros. Estimulaba la creación literaria de sus alumnos de castellano y quería descubrir entre ellos algunos talentos. Los esbozos de cuentos o crónicas de Droguett nunca le gustaron. Le parecieron atrabiliarios y reñidos con la sintaxis. La misma opinión tuvo Mariano Latorre, que actuaba como visitador general del colegio, en cuya presencia Droguett leyó una de sus numerosas composiciones.

No obstante, el escritor conservó por el padre Escudero una profunda estimación. Cuando murió -años después- pronunció un discurso en el cementerio que rompió la rutina de la ceremonia. "Fue, dijo, uno de los más grandes maestros de Chile; el mejor estudioso de nuestra literatura y nadie pensó siquiera que debía ocupar un sillón en la Academia de la Lengua donde abundan los letrados mediocres".

Sus discursos fúnebres fueron temibles. Suscitó un escándalo el 11 de septiembre de 1968 en el entierro de Pablo de Rokha, cuyo suicidio le estremeció. Para él De Rokha era el más grande poeta de Chile, "autor de una obra que no morirá jamás" y consideró hipócritas las manifestaciones de dolor de última hora. "Este hombre, expresó, no merece la ofensa de las lágrimas de los fariseos. Siempre fue pobre, nadie le ayudó, nadie lo quería editar y publicó sus enormes libros de su propio y mísero bolsillo, salía a venderlos por los pueblos de Chile y sólo a última hora se acordaron de que había que concederle la limosna del Premio Nacional".

LOS MUERTOS DEL SEGURO OBRERO

Luego de un bachillerato con alto puntaje ingresó a la Universidad de Chile para estudiar derecho y al Instituto Pedagógico para recibir un título de profesor de inglés. Eran los revueltos años del fin de la dictadura de Carlos Ibáñez, de la efímera República Socialista y de un nuevo entronizamiento de la derecha con el segundo gobierno de Arturo Alessandri Palma, que ya no hablaba de la "canalla dorada" ni de la "querida chusma". Conoció entonces a Isabel Lazo con la que se casó al cabo de algunos años de apasionado enamoramiento. Debía abandonar los estudios y ganarse la vida como reportero del diario "El Imparcial" a partir de 1933. Ese mismo año apareció en la revista "Hoy" su primer cuento, "La Pared". El oficio periodístico

era entonces bohemio, azaroso y mal pagado. Protegió su precaria economía ejerciendo el oficio de corrector de pruebas en la revista "Ercilla", sin abandonar el reportaje en "La Hora", "La Nación" y "Las Últimas Noticias". En ese período fue casi siempre cronista policial o encargado de la reseña de catástrofes y accidentes del tránsito.

La masacre de sesenta estudiantes nacionalistas en el edificio del Seguro Obrero, el 4 de septiembre de 1938, significó un viraje para su trabajo literario, un tanto ahogado por el periodismo: "Los sucesos del Seguro Obrero me remecieron profundamente y me hicieron conocer mi capacidad de odiar", dijo. Publicó primero un relato crónica, "Los muertos del Seguro Obrero", que luego elaboró como una novela angustiosa y escalofriante titulada "Sesenta muertos en la escalera".

Presentó el libro en 1952 a un concurso de la Editorial Nascimento y obtuvo el primer premio entre 44 obras. El libro fue publicado en 1953 con gran éxito de crítica y mereció en 1954 el Premio Municipal de novela.

No abandonó el periodismo. En 1946 había fundado con su amigo Juan de Luigi el tabloide "Extra", precursor de un periodismo moderno y comprometido, con atractivos titulares y con la colaboración de un brillante equipo de redactores. Asimismo, fue parte de la redacción de la revista "Vistazo" fundada en 1952 por Luis Enrique Délano para competir, desde posiciones de izquierda, con "Ercilla" que acaparaba el mercado de las revistas periodísticas.

En esa época fue contratado como empleado de la Caja de Ferrocarriles del Estado que le garantizaba un salario aceptable, más la seguridad de previsión, escalafón, gratificaciones, jubilación. Le preocupó siempre el bienestar de su familia y quería, además, desprenderse de las garras del periodismo para dedicar todo su tiempo a la literatura.

EL GRAN ESTAMPIDO DE "ELOY"

En 1960 consiguió publicar "Eloy" -que había sido rechazada por varios editores- una novela casi sin puntos aparte, cuyos temas son la violencia, el acoso, la muerte, la soledad. La escribió en 1959 apenas en

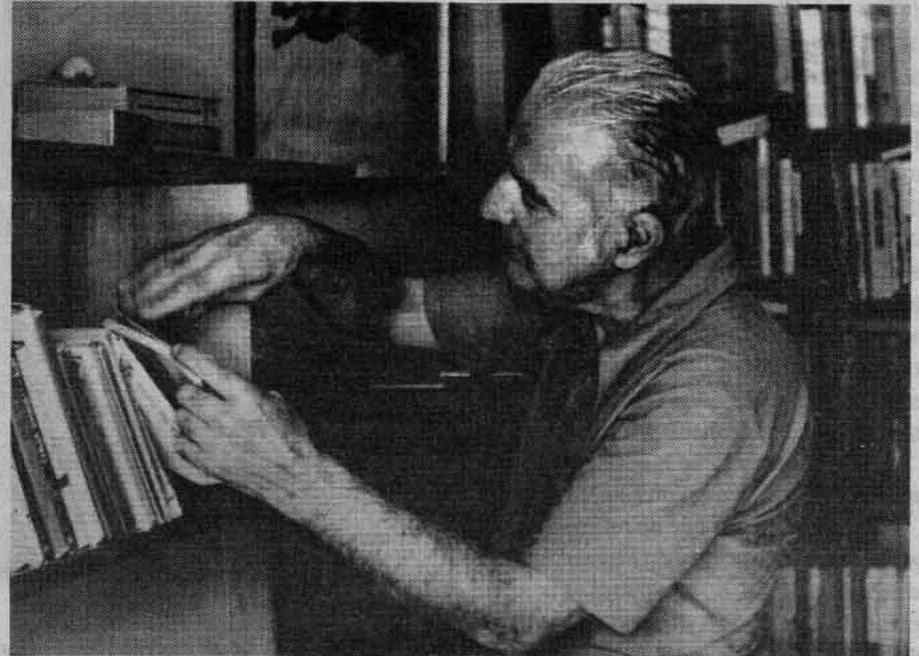
el curso de una semana "sin parar, de manera delirante". Narra la última noche del bandolero Eloy, acorralado y muerto por la policía en 1941. De cara a la muerte, Eloy revive su pasado. Su origen campesino, su incorporación al trabajo como zapatero, sus delitos, sus apetencias, sus afectos. Recuerda el breve tiempo en que tuvo un hogar, el cariño que sintió por un niño que no era su hijo. Una y otra vez piensa en los modelos de zapatos y botas que le podría hacer al niño. El bandido cuenta las balas que tiene: "84 balas, 84 vidas, 84 muertos". No puede regalarle a los demás sino la muerte. "Entrega -expresa Droguett- la muerte como la única moneda que tiene para dar a su prójimo".

"Eloy" fue una novela apenas valorada en Chile en su primera edición. En cambio, fue un gran éxito en España y Francia. El editor Carlos Barral señaló que era una obra inaugural del boom latinoamericano. El escritor Francis de Miomandre la tradujo al francés y la publicó en la revista "Les Nouvelles Littéraires" de París y en "Les Cahiers du Sud" de Marsella. El crítico Alain Siscard escribió un entusiasta prólogo en el que señaló que el tema de la muerte en "Eloy" era "un acto que en un recuerdo lleno de soledad establece una relación -desesperada, patética- con el otro; un acto que paradójicamente humaniza la muerte en la medida que ayuda al prójimo a asumir su destino que también es el propio".

Al mismo tiempo hubo consenso en que "Eloy" era una novela magistral, única en su densidad y su temática en la narrativa chilena. Por eso Droguett desconcertó al año siguiente (1961) con la publicación de una novela histórica, "Cien gotas de sangre, doscientas de sudor" cuyos personajes son Pedro de Valdivia, Inés de Suárez, los araucanos, las batallas de la conquista. Se estimó que era una historia elaborada deficientemente, con largos y artificiales discursos y soliloquios en los que el horror, la sangre, las batallas, no terminaban por convencer a pesar de la elocuencia barroca de una prosa brillante.

APOLOGIA DE LA DIFERENCIA

Cuatro años después (1965) Droguett deslumbró con otra novela singular: "Patatas de Perro", cuyo tema es una suerte de apo-



CARLOS Droguett entre sus libros en Wabern, Suiza, década del 80.

logía de la diferencia; un manifiesto contra el mundo de los prejuicios y la uniformidad. Cuenta la historia de Bobi, un niño con anormales formaciones genéticas. Tiene patas de perro; es un ser distinto, ejemplar único, inaugural. El narrador, Carlos, pretende protegerlo y adaptarlo para librarlo de las acechanzas y peligros que su condición provoca. Bobi es rechazado por su familia y en la escuela, perseguido por la policía, por la justicia, por los servicios sanitarios. Se intenta convertirlo en objeto de explotación comercial y política. El niño no quiere cubrir sus pies y adaptarse a las formas de los demás. Intenta integrarse al mundo ciudadano pero no es aceptado. Será tratado siempre como un fenómeno con las crueldades y la falsa compasión de una sociedad a la que provoca horror y repugnancia. Bobi sólo es aceptado por los perros. A pesar de todo no sucumbe ante el desaliento: asume y defiende con orgullo su diferencia. No es un monstruo, ni siquiera un anormal en el complejo reparto de papeles de la naturaleza. Desaparece para encontrar quizás algún lugar en un mundo cuyos valores establecidos son, al fin de cuentas, lo único monstruoso.

En 1967, Droguett publicó otra novela histórica "Supay, el cristiano". De nuevo Pedro de Valdivia -personaje que ejerció sobre Droguett una indudable fascinación- y otra vez la conquista. Ese mismo año Zig-Zag editó "Los mejores cuentos de Droguett", un volumen que recogió sus relatos dispersos, algunos de los cuales fueron esbozos de sus novelas de mayor aliento. Le siguieron "El hombre que había olvidado" que parte de un hecho policial (1968), "El compadre", historia de un carpintero borracho, Ramón Neira, engañado por su mujer y que sueña con ser compadre de San Judas Tadeo. Su última obra, publicada en 1971, fue "Todas esas muertes" retrato alegórico de Emile Dubois, que aterrá a Valparaíso a comienzos de siglo con una docena de crímenes dignos de Jack, el destripador. Con esa novela ganó en España el premio mayor de la Editorial Alfaguara. Todavía sin difusión la bibliografía de Droguett se completa con los cuentos de "El cementerio de los elefantes", "Escrito en el aire" (una recopilación de sus crónicas), "Después del diluvio", la única pieza de teatro de su autoría. En 1980 escribió un libro de ensayos, "Materiales de construc-

ción" que tendría una segunda parte: "Materiales de destrucción".

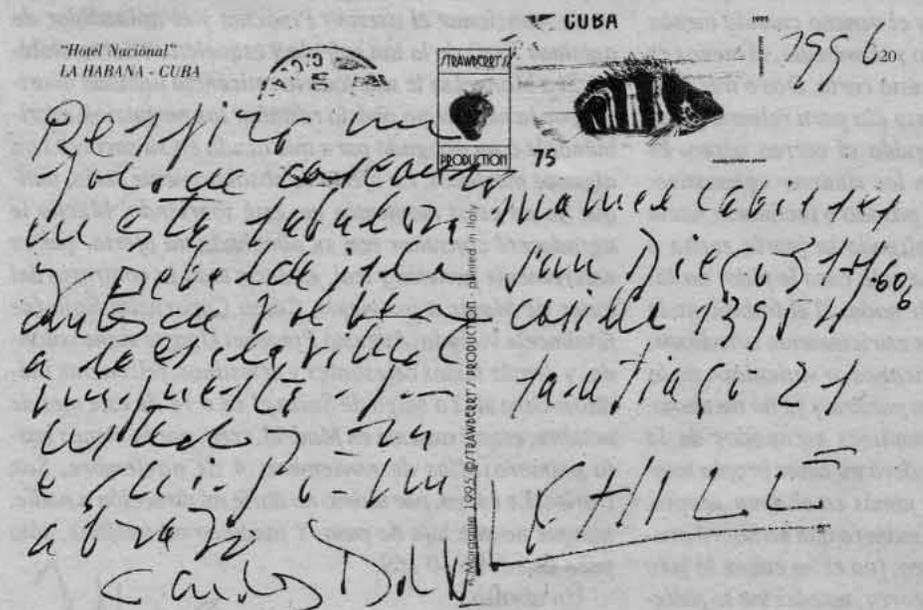
EL "BLEDO" DEL PREMIO NACIONAL

En 1970 un jurado integrado por Edgardo Boeninger por la Universidad de Chile, Francisco Coloane y Altenero Guerrero por la Sociedad de Escritores, Eugenio Pereira Salas por la Academia de la Lengua, y Hugo Montes por el Ministerio de Educación le concedió el Premio Nacional de Literatura. Ellos firmaron una declaración que expresó: "Carlos Droguett ha trascendido los límites nacionales para convertirse en una de las primeras figuras de las letras hispanoamericanas. Su obra representa al mismo tiempo una renovación de la narrativa chilena, como que una de sus mejores obras, "Eloy" está escrita en un estilo coincidente con aquel de los principales autores latinoamericanos contemporáneos".

Droguett declaró que el Premio Nacional era un "soberano bledo". Añadió que los premios literarios "no le agregan dimensión ni talento a ningún escritor ya que el único concurso, el único jurado a prueba de influencia, humores, presiones y frivolidades es el más remoto futuro".

La estructura de las novelas de Droguett es inconfundible. Lector fervoroso de Franz Kafka, William Faulkner y James Joyce, debe a ellos su particular forma de narrar. Usa siempre un argumento tomado de la realidad, lo trastoca, lo corta en fragmentos, los baraja arbitrariamente y al final ofrece un turbión de personajes, soliloquios, pasiones, hechos, descripciones y tiempos que desorientan al lector. Su prosa es profundamente trabajada y de una brillante artesanía. Saca de la cantera del idioma combinaciones inéditas. Es frecuente el uso del castellano antiguo, combinado con el actual. El puntilloso y conservador crítico Raúl Silva Castro anotó: "El narrador parece desconocer los signos de puntuación, los omite, se los salta, se los traga con lo cual hace la lectura de sus novelas asaz difícil. Hay que hacer un heroico propósito de no desalentarse, sorteando sombras y tratando de poner orden donde el material hierve en olas de caótico torbellino".

Droguett desestimaba las consideraciones sobre su estilo: "No puedo explicar mi (Continúa en la página siguiente)



TARJETA de Droguett a PF desde La Habana. Está fechada 11 de enero de 1996.

(Viene de la página anterior)

estilo: tengo sólo presentimientos en lo que se refiere a él. El estilo nace o torna, cuando un tema me interesa. Si algo no toca profundamente mi sensibilidad, si no me conmueve entrañablemente, no me interesa y no tengo estilo. Cuando imagino o recojo una historia siento a mis personajes como si ellos fueran yo mismo; inconscientemente los incorporo a mi sangre; sus aventuras son mías; conozco no sólo su ámbito espiritual, sino su cuerpo, sus pensamientos, su soledad; son seres míos como los hijos de mi carne que yo he hecho".

Le interesaba reflejar la realidad con una mirada hacia el tiempo presente:

"Porque todo arte que no refleje el tiempo presente está condenado a morir mañana o pasado mañana, no atravesará el tiempo, como deseaba Proust para todo arte verdadero. Mi ideal sería escribir como respiro, con la misma extrema sencillez que lo hace esa estupenda improvisadora que es la vida".

LITERATURA Y CORAJE

Decía que no era un escritor político y que en caso de definirse se reconocería como un autor cristiano. Afirmaba que la vida y la muerte están tan ligadas que no se les puede separar: "Los temas míos los cojo de la vida y la vida es violencia, miseria e injusticia".

Desde cuando declaró en 1970 que "si Cristo existiese ahora sería mirista", fue asimilado a la ultra Izquierda. Rechazaba cualquier encasillamiento y también negaba su fama de energúmeno "lo que pasa es que en un país de pusilánimes y genuflexos no es raro que yo tenga fama de escritor agresivo y fama de roto jodido. Mi relación



CARLOS Droguett con sus hijos Carlos y Marcelo en Venecia (octubre de 1994).

con la gente es normal y mi única particularidad es que tengo el pésimo gusto de decir lo que pienso".

En una entrevista publicada en la revista "Arbol de Letras" en 1968, declaró al crítico Antonio Avaria: "A la literatura chilena le falta realidad y coraje. No se atreve a atacar los mitos y la incultura. La falta de curiosidad de algunos escritores es colosal". Cuando Avaria le preguntó qué profesiones eran buenas para un escritor respondió: "Para un escritor todas las profesiones son buenas menos la de profesor de literatura. Neruda lo comprendió en el acto y salió escapando del Pedagógico. El periodismo, en cambio, es una buena escuela; es práctico y funcional, un noticiario de la vida. La práctica del periodismo le sirve al escritor para hacerse hombre".

Nunca se sintió asimilado al boom lati-

noamericano en el que a veces fue incluido por algunos periodistas: "El boom es ciertamente un invento de las editoriales. Es un réclame comercial de los editores. ¿Quién dice que Carlos Fuentes vale? Si no lo dice él mismo no hay quien lo diga".

En un coloquio sobre el cuento latinoamericano realizado en París en 1994 contó que salió de Chile en 1975 "por la sensación de que no podía continuar lo que quería escribir o por miedo simplemente".

A PUERTA CERRADA

Cuando se estableció en Suiza, en Wabern, se propuso cerrar sus puertas a quienes le visitaran con fines publicitarios. Pero le gustaba informarse acerca de todo lo que ocurría en el país. Escribía a sus pocos amigos en Santiago largas cartas con gran can-

tidad de preguntas sobre los más variados asuntos.

La muerte de su esposa en 1989 lo sumió en una profunda depresión. Guardó sus cenizas en una ánfora que colocó en su velador. "Ella me mira desde allí" le decía a sus escasos visitantes.

En febrero pasado visitó Cuba por tercera vez. Pidió que no se le tratara como un invitado especial y conoció el cuadro de grandes necesidades materiales que padecen los cubanos. Celebró la alegría y la adhesión a la revolución que encontró en la mayoría del pueblo. Definió de nuevo a Fidel Castro como "un tábano socrático de ambas Américas".

En los últimos años fue sometido a dos operaciones y pasó largo tiempo en un hospital. Le alegró saber que no padecía de cáncer y que podía continuar trabajando. Deja una media docena de obras inéditas. Grababa todos los días lo que pasaba por su cabeza. Quería reescribir algunas de sus novelas que, al ser leídas en la distancia del tiempo, le parecían muy discutibles. En los hechos, la reedición de "Eloy" que publicó Editorial Universitaria en 1994 fue revisada por él minuciosamente y exigió que se le pusiera un rótulo que dijera "versión definitiva".

La muerte, que es una de sus protagonistas de su literatura, llegó para él a consecuencias de una caída absurda en un museo de Berna. Tenía 84 años pero gozaba de plena lucidez. Sin duda su obra continuará creciendo. Fue un escritor de primera línea en la historia de este siglo de la literatura de habla española. Es lo más definitivo e indiscutible de Carlos Droguett ●

LUIS ALBERTO MANSILLA

Droguett y "Punto Final"

Carlos Droguett siempre mantuvo un vínculo cordial y amistoso con "Punto Final". El año pasado, aprovechando el viaje a Suiza de nuestro colaborador Leo Wetli, enviamos un cuestionario a Droguett con el ánimo de publicar una entrevista al gran escritor chileno. Droguett aceptó y se puso a trabajar en eso. Laboriosa tarea que llevó meses y decenas de carillas escritas en la vieja máquina en que acostumbraba a trabajar. En octubre del 95, nos hizo llegar noticias junto con un voluminoso sobre con fotos, libros y folletos. Hubo después una conversación telefónica con el director de PF. Sugerencias para abreviar el texto que llevaba a esa altura unas cincuenta carillas. Aceptación a desgano de Droguett (a un autor siempre le resulta difícil cortar sus propios textos). Oferta nuestra de tomar esa responsabilidad (avalada por una larga experiencia en degollina de originales, bien conocida y sufrida por Droguett y otros). Más tarde, en enero de este año llegó una tarjeta suya desde La Habana "antes de volver a la esclavitud impuesta por usted". Finalmente, la abrupta noticia de su muerte. ¿Y la entrevista? Un hijo del escritor, Marcelo Droguett, está revisando la montaña de papeles que dejó su padre. Ha prometido enviarla si aparece. Si no es así, irá a parar a la Fundación Carlos Droguett de la Universidad de Poitiers, en Francia, depositaria de sus textos inéditos, y los lectores de PF quedarían con las ganas de leerla. Esperamos que no ocurra. Entretanto, publicamos la carta en que Droguett se refiere a la entrevista. Es la siguiente:

Wabern, lunes 2 de octubre, 8 de la mañana
Manuel Cabieses,

no creo que esta carta salga antes del miércoles o jueves, pero la escribo ahora, pues ya después no tendré tiempo, tengo problemas con el médico -algo que recetarle al médico!- y la semana próxima debo irme a Madrid con mi hijo Marcelo, mi médico de más confianza. Debo decirle, Manuel, que usted me ha hecho trabajar mucho, no demasiado, pero he pasado todo el mes de setiembre craneando o tratando de hacerlo, un cuestionario digno de la revista Punto Final, y no indigna del punto y coma que soy. Espero que ni usted ni Leo Wetli se molesten, pero yo soy pingo de distancias largas y no escribo sentencias de dos líneas. Mis sentencias dejan caer el hacha después de muchos pero muchos titubeos y el veneno cuando menos se le espera. El trabajo está listo y terminado, al menos es lo que cree el iluso que escribe esta carta. Dos o tres días para sacarlo en limpio, un cuarto día para releerlo y corregir lo incorregible y en seguida al correo aéreo. El trabajo es largo y -como dicen los siúuticos- exhaustivo. Valía, pues la pena retornar al pasado o inclinarse hacia el ombligo, a lo que me ha obligado la jauría suelta a cuyo mastín jefe le escribo. Una sola cosa le pido: no tacharme, censurarme ni suprimir nada. Si el trabajo no le gusta, si se sale de los cánones estrictamente ortodoxos, derechistas, reaccionarios, vaticanos, o vaticulos-, de la decimonónica revista, pues no se publica y yo no me enojo, quedaremos tan amigos y cómplices escapados de la justicia, como antes. No se ofenderá mi amor propio tampoco. Yo no me refugio nunca jamás en el amor propio, (excepto cuando lo hago...), de manera que no habrá problemas. Como el trabajo es largo, (no es mi culpa, lo juro por la virgen del perpetuum socorro, ustedes me lo pidieron), creo que no cabrá en un solo número de la revista, pues le estoy enviando, además, fotos del exilio y de

algunos viajes y una corta selección de cosas publicadas por estos lados o en América, Cuba, quiero decir la formidable Cuba, Brasil, Argentina. Por supuesto, y desde luego, usted puede utilizar estos escritos como mejor le parezca, pero no atribuyéndolos, desde luego, a Pepe Donoso, tan denosamente desprovisto de estro y del otro, ni a Enrique Lafrustrade. Última providencia, o sugerencia, me parece que importante. ¿No podría Punto Final sorprender a sus lectores, es decir a sus indefensos lectores, haciendo una separata con la intocada entrevista? Considerando que, a estas alturas de la soirée los dados están echados, me parece que una inesperada publicación de Manuel Cabieses y cómplices, podría remover un poco el asqueroso basural de sangre y barro (gentil modo y manera de mencionar el asesino Pinochet y el aplaudidor de asesinos Frei) de la tan sufrida y esquelética tierra chilena. Si a Manuel se le sale toda la reticencia llamada avaricia por la manga, yo podría restañar los perjuicios, escribiéndole a mi abogado para que acuda en su socorro con algunos morlacos. La oferta es absolutamente seria, aunque yo en estos momentos me esté sonriendo. Mucho le agradeceré consultar con su almohada mi oferta, que es enteramente honesta y leal, es decir todo lo contrario del autor de Matar a los viejos, Cómo Capercucita Roja fue finalmente violada, Augusto Pinochet Ugarte viene volando, y demás textos celestiales y celestinos, felizmente inéditos. Otro sí: Yo salgo de Suiza el 13 ó 14 de este mes de octubre, estaré ausente en Madrid, creo, por lo menos hasta primeros días de noviembre, 4 de noviembre, San Carlos. Le ruego, por último no darle mi dirección a nadie, aunque no sea hijo de puta. Y tampoco mi teléfono, sólo para usted: 96 10 169.

Un abrazo,

Carlos Droguett